

INFORME CUALITATIVO

Lic. Guillermina Gordo

FOP

Introducción

Pensar en nuestra práctica como coordinadores de los talleres de la FOP, implica pensarnos cada vez, en cada encuentro con los jóvenes, en cada taller. No he encontrado en mi experiencia de este año un encuentro igual a otro. Y esto no es casual sino que responde a las condiciones actuales de las instituciones, en nuestro caso, escolares.

Instituciones “desfondadas” que implica que no hay discursos donadores de sentido que sean posibilitadores del habitar la situación institucional. El llamado desfondamiento institucional refiere a la pérdida de esta potencia de la institución para marcar otorgando sentido.

El lugar docente, al cual generalmente somos asimilados al entrar al aula (al menos en principio), no está investido como antaño como aquel que sabe y por tanto puede enseñar; este lugar ya no garantiza que las condiciones sean las propicias para la eficacia de las operaciones.

¿Como operar sobre tales condiciones para que otras cosas sean posibles de ser trabajadas en los talleres en un contexto escolar? Me propongo trabajar en este informe una situación experimentada en el encuentro con un grupo de una escuela del Barrio “F”, de la Zona Oeste del GBA.

El recorte realizado encuentra su fundamento en la idea de que es a partir del encuentro con el obstáculo y la perplejidad que se inicia el proceso de pensamiento. Fue cuando *el desfondamiento* y el *sin sentido* tuvo efectos en mi cuerpo y en el encuentro con los chicos, que la pregunta sobre el campo de operaciones para que otra cosa sea posible se volvió central para poder pensarme en los talleres.

Algunas condiciones de partida

Salí a las 6 de la mañana de La Plata, tenía los primeros tres talleres en Moreno. Anteriormente había co-coordinado varios encuentros con una compañera. Era la primera vez que trabajaba sola, sin equipo. Podría decir que me encontraba bastante ansiosa y, por que no, temerosa. Fiel a la idea que: *“sólo una vez producido el encuentro, (¿nunca antes?) un mundo toma forma, se estructura un orden a partir de sus elementos. El encuentro inaugura, a la vez, una determinada forma de seres, en una determinada forma de orden, con un determinado sentido, pero la determinación sólo es producto de la estructura del encuentro de sus elementos y no de los elementos en sí mismos antes de tal encuentro”*,¹ no preparé el taller.

¿Que implica no preparar el taller? No idearlo en base a presupuestos respecto de lo que me iba a encontrar. Pensé, por supuesto, en las diferentes técnicas posibles de emplear para poder trabajar con ellos las diferentes temáticas. Pensé también en cómo introducir *los temas, la información* de modo que tuviera que ver con sus inquietudes y

¹ “Sólo hay encuentros” María Celia Labandeira Publicado en Campo Grupal N° 83 A propósito de I. Lewkowicz. Octubre 2006.

no “con aquello que debe ser dado”. No tuve en principio una respuesta clara para esto. No la tengo tampoco ahora, aunque sí visualizo que hay algo del orden de una tensión irreducible en esto.

Los primeros dos talleres fueron en el turno mañana a las 9 y luego a las 11. El tercero, el cual será objeto de este informe, fue en el turno tarde a las 13hs. Las dos primeras experiencias fueron de *prueba*, hice diferentes cosas en cada encuentro y, de a poco, me comencé a sentir cómoda, un poco más segura.

Tocó el timbre del turno tarde. La preceptora, que también era docente en el turno mañana, sale a buscar a los chicos a la calle. Les pide que entren. Algunos lo hacen, otros la miran y se van hacia la esquina. Ella llama a un grupo que se está alejando, les repite que entren. Ellos se ríen, la miran “¿para qué? Me voy por ahí “, dice una chica mientras se sube a una moto.

Busco el aula, entro y me presento. Los chicos son pocos (supongo en ese momento que muchos no entraron), están sentados en tres filas bien separadas. En la del medio hay solo dos chicas. Me presento con mi nombre, digo que soy psicóloga, presento también a la Fundación. Les pregunto si saben por qué estoy yo ahí. Me dicen que no.

Les digo entonces que se trata de un taller llamado “Sumando Herramientas”, y agrego, para el trabajo. Me miran, están en silencio. Observo que algunos están con el celular, lo miran debajo del pupitre. No me gusta la sensación de que estén en otra, *mensajeando*, pero no digo nada.

Les pregunto entonces que piensan respecto de un taller llamado de esa manera, *¿qué piensan que podríamos trabajar en un taller que se llama sumando herramientas para el trabajo?* Nadie me contesta. Vuelvo a insistir *¿que piensan que sería útil para ustedes trabajar en un taller relacionado con herramientas para el trabajo?* Algunos me miran y no dicen nada. Otros miran para abajo, o a algún compañero.

Decido hacer otra cosa. Empezar desde otro lugar. Les pregunto quienes de ellos trabajan. Dos levantan la mano y me contestan, les pregunto como lo consiguieron, cuando empezaron. Las respuestas son cortas, casi evacuativas. Comienzo a sentirme mal, me pongo algo colorada, me quedo sin saber qué hacer, cómo seguir, en tanto detecto un total desinterés. La intervención, en ese momento de angustia, fue dar una consigna para que trabajen en grupos.

Mientras me alejo de cada grupo veo que conserva la disposición primera, ni siquiera se dan vuelta, no hay un “como si trabajamos” pero hacemos otra cosa. (¿Por qué debería haberlo?). Paso por los grupos para ver que están haciendo y me encuentro que con suerte, algún grupo, esta charlando sobre otra cosa. Los demás están escuchando música con el celular o haciendo algún dibujo, rayones en su hoja.

En este caso, dar una consigna para organizar algo de la tarea no tiene efectos. Es importante señalar que al momento de proponerlo no hubo de mi parte una lectura previa de la situación, sino que simplemente fue un procedimiento para evitar encontrarme nuevamente con la falta de respuesta. En este sentido puedo pensar que se trata de un procedimiento puramente defensivo.

Cuando me encuentro con esta situación la sensación de desolación es intensa. Siento que no puedo pensar. Cuando intento hablar registro que lo que digo ya no me importa a mí. De todos modos les digo que “*ahora vamos a poner en común lo que trabajaron*”. Las chicas del medio se sonríen.

Un chico sentado en el primer banco, *sale a rescatarme*² y dice que prepararon un aviso clasificado. Lo lee, nadie dice nada. Pregunto algo que ya no recuerdo y no me contestan. Acudo al recurso que en ese momento consideré más efectivo para dejar de pensar en ellos, dejar de registrarlos y pensar solo en sobrevivir: DAR CLASES. Creo que hablé diez minutos. El silencio era total, ante las preguntas que introducía nadie contestaba. Y entonces, habiendo pasado solo una hora decido finalizar el encuentro: “¿Alguna duda hasta acá chicos?”. Silencio absoluto. *Bueno por hoy terminamos. La próxima vamos a trabajar entrevista y Currículum.*

En ese momento pienso qué puedo hacer para intervenir sobre tales condiciones para que el siguiente encuentro tenga otras características. Les digo entonces que para mí no tenía sentido trabajar así. Que si no había por parte de ellos algún tipo de interés yo sentía que no tenía nada que hacer allí. Por supuesto nadie dijo nada.

Tal comentario parte de la idea de que la apuesta de la propia afectación en una situación determinada implica un gesto, una apuesta de confianza, que puede habilitar a otra cosa. Nada de eso sucedió y creo que el efecto que produjo es que fue sentido como reproche. Reproche al que por cierto están acostumbrados a recibir permanentemente de sus docentes “*no me estudian, no me participan*”.

En cuanto a esta intervención es posible pensar que, por la forma en que yo estaba en ese momento, es probable que la forma de ser enunciada haya tenido realmente tono de reproche. Cuando me estaba yendo ese día, caminando por fuera de la escuela, uno de los chicos me grita: - *¡no se enoje profe., la próxima vamos a estar más participativos!*-

Segundo momento

El dispositivo de talleres dos encuentros, permite un tiempo en el medio para pensar en lo trabajado, los procedimientos utilizados y sus efectos.

Si la función docente no se sostiene y no marca sentidos recurrir a ella fue en el primer encuentro una defensa para poder sostenerme en un lugar que me permitiera seguir allí. Por otro lado no permitió ningún tipo de encuentro sino por el contrario el reforzamiento de una situación que no fue posible de ser intervenida en el segundo momento de taller.

Pensé que mi forma de estar en el primer encuentro, desganada, tomada por la situación de sin sentido, no me permitió operar allí para hacer otra cosa. Solo pude defenderme con el recurso mas conocido que era dar clases.

Para el segundo “encuentro” pensé entonces proceder de otra manera, intentar trabajar con alguna consigna que diera lugar al trabajo entre ellos lo más desestructurado y lúdico posible. Pensé también en intentar ir yo de otra manera, es decir trabajar sobre mi posición de desgano sospechando que mi frustración debería haberse notado en el tono de voz, en la forma de mirarlos, de pensarlos, en la forma de decir las consignas.

Está claro que la elucidación como recurso no garantiza que intervenga en las condiciones de producción de eso que se quiere elucidar. Por lo tanto si bien sabía que tenía cambiar mi posicionamiento, este saber no alcanzo para que realmente pudiese hacerlo

² A propósito de un desarrollo posterior de la idea de reproche- culpa.

En el segundo *desencuentro*. Ante la consigna de “chicos sepárense en pequeños grupos para trabajar” solo me miraban y siquiera corrieron los bancos o se dieron vuelta. Insistí pero no obtuve respuesta.

Lo único que pude hacer, nuevamente angustiada y tomada por la frustración, fue explicar algunos temas, entregar los cuadernillos, preguntar si tenían dudas o algo que quisieran preguntarme. Por supuesto tampoco obtuve respuesta.

De regreso a mi casa leí la evaluación del taller que habían hecho mediante las encuestas. Esperando encontrarme con quejas, o al menos con evaluaciones negativas. Por el contrario todas las evaluaciones eran positivas lo cuál me produjo desolación.

Algunos pensamientos a posteriori

¿Cuál hubiera sido un procedimiento eficaz, en estas condiciones para que otra cosa hubiese sido posible? En principio es muy difícil estando fuera de la situación pensar en algo que podría haber sido y no fue. Sin embargo es necesario pensar en los efectos negativos de algunos de las intervenciones realizadas. Cuando lo califico como negativo apunto a la idea de que fueron obstáculos a la composición allí de una tarea en común entre ellos y yo.

Recurrir defensivamente a la función docente, vaciada de sentido, configuró una escena difícil de ser intervenida luego. Cuando intenté decir lo que me estaba pasando a mí allí, como apuesta a pensar juntos qué hacer, fue de inmediato tomada como reproche. Incluso me atrevo a pensar que despertó en algunos cierta culpa. Creo que es por ello que luego me encuentro con un movimiento de reparación por parte de ellos en la evaluación del taller. Incluso con el agradecimiento en la parte de sugerencias.³

Aparece otro elemento que me permite pensar en lo anteriormente dicho, pero también introduce algo diferente, es un comentario de un chico que se acercó cuando me estaba yendo y me dijo: “*perdone profe, lo que pasa es que nos juntaron con el otro curso que son unos gatos, nosotros no somos así*”. Aparece entonces una dimensión hasta el momento desconocida. Desde la escuela decidieron juntar dos cursos porque eran pocos alumnos. Esto no me fue informado y tuvo claramente sus efectos.

Si pensamos en cómo Elina Aguirre y Miguel Burkart definen los vínculos actuales⁴ nos encontramos con la idea del otro como *amenaza*. Amenaza que implica que nos habita una sensación de peligrosidad ante la presencia del otro, de cualquier otro, diferente, desconocido. Sin embargo esta idea no se agota aquí sino que plantean en relación a la idea de amenaza: “*el problema de la gente de hoy es que no se toca, vivimos detrás de vidrios y rejas para protegernos de los demás y no nos tocamos, no tenemos contacto (...) la gente choca justamente por eso, como no puede tocarse choca para acercarse al otro*”. Si pensamos en la intolerancia y rivalidad entre algunos grupos de adolescentes, “*son unos gatos*”, podemos pensar en esta idea de choque que presentan los autores.

Desde esta perspectiva, el *encuentro* podría ser pensado como ese común mínimo e indispensable que abre la posibilidad de producción de un vínculo. Por el

³ Otra hipótesis es que tales evaluaciones son solo un trámite, que mi estar allí fue como una clase más dentro de la serie de “clases sin sentido de la escuela”.

⁴ Aguirre, E. y Burkart, M. “Los vínculos actuales: confianza y amenaza”. (2006) *Campo Grupal* n° 83.

contrario, el choque sería ese puro impacto con otro, que regenera la sensación de peligro y amenaza.

Sin embargo en el paso de la experiencia del choque al encuentro se juega la existencia “*porque es la dispersión del mundo actual -los múltiples choques- sobre la que debemos trabajar para componer / componernos en una situación compartida*”.⁵

Ahora bien, ese choque enunciado por el chico, que aparentemente habría entre los dos cursos allí presentes, queda en un diálogo entre él y yo. Nada de eso pudo ser pensado o trabajado para poder hacer un movimiento a la composición de algo compartido. Solo estuvo presente esa rivalidad *extra-situacional*, es decir existente desde antes del encuentro entre ellos y yo, que operó como un obstáculo impensable al trabajo en el taller.

Por otro lado el desencuentro y la sensación de no tener lugar para ellos, me dejó a mí en el lugar de coordinadora totalmente impotente. La sensación de desolación me capturó impidiéndome realizar un movimiento diferente. “*La confianza en el mundo actual es una apuesta sin garantías, y no un voto que expresa una decisión conciente apoyado sobre la ‘seguridad’ de un vínculo preexistente, el vínculo con el prójimo, el semejante.*”⁶

No es posible, tal como vengo planteando, llegar a “conclusiones generales”. Este trabajo, en efecto, es un intento de pensar sobre mi posicionamiento como coordinadora, sobre algunos procedimientos y sus efectos, en esta situación singular: “*...aprendí a mantenerme alerta de mí misma y a desactivar a la ‘persona’ que creo ‘ser’ para poder dar lugar a los sujetos en que voy existiendo. Pensamiento que se piensa. En fidelidad a la práctica de pensar y no a la repetición/confirmación de lo pensado. El pensamiento como práctica de subjetivación. La subjetividad sin la ideología del sujeto. Pensar. Existir.*”⁷

⁵ Aguirre, E. y Burkart, M. “Los vínculos actuales: confianza y amenaza”. (2006) *Campo Grupal* n° 83.

⁶ Idem.

⁷ “Sólo hay encuentros” María Celia Labandeira Publicado en *Campo Grupal* N° 83 *A propósito de I. Lewkowicz*. Octubre 2006